
*El New Age: lo heterogéneo en la cultura global**

Cristina Gutiérrez Zúñiga**



Los procesos de integración económica, aun cuando tengan su motor en la optimización de las condiciones de operación de las empresas transnacionales, están lejos de agotarse en las transformaciones de los actores de los sistemas productivos para lograr una inserción ventajosa. La denominada globalización incluye transformaciones sociales que abarcan diversos ámbitos:

- Aceleración tecnológica tanto en los procesos de producción industrial y de servicios como en la unidad doméstica.
- Reestructuración de procesos de trabajo y toma de decisiones que demandan tipos específicos de recursos humanos, con dominio de lenguajes y tecnologías comunes para la resolución de problemas y definición de estrategias entre equipos de trabajo internacionales.
- Una ampliación sin precedente de la denominada cultura de los medios, que supone no sólo el alcance transnacional de señales sino ante todo la inteligibilidad de mensajes y contenidos desde prácticamente todos los puntos del planeta, posible a partir de la creación de símbolos y códigos comunes a diversas culturas.

La imagen idílica del conjunto de estos procesos es la de la *aldea global*, fórmula afortunada que alude a una nueva simplicidad e inmediatez en el contacto entre individuos de distintas matrices culturales, la virtual desaparición de la dimensión territorial-geográfica con el feliz objetivo del intercambio enriquecedor. Dentro de lo que García Canclini denomina la nueva escena sociocultural producida por estas transformaciones, se distinguen dos procesos de particular interés:

La reelaboración de lo propio, debido al predominio de los bienes y mensajes procedentes de una econo-

mía y una cultura globalizadas sobre los generados en la ciudad y la nación a las cuales se pertenece, y la consiguiente redefinición del sentido de pertenencia e identidad, organizado cada vez menos por lealtades locales o nacionales y más por la participación en comunidades transnacionales o desterritorializadas de consumidores (los jóvenes en torno del rock, los televidentes que siguen los programas de CNN, MTV y otras cadenas transmitidas por satélites).¹

Esto nos acerca a una visión no esencialista de las identidades de grupo, ya sean étnicas, nacionales o de otro tipo, en favor de un enfoque como fenómenos sociales, es decir, en permanente cambio por la acción humana, al tiempo que nos abre el campo para la exploración del conflicto potencial que estas transformaciones conllevan. Lejos de constituirse en un proceso social homogéneo y homogeneizante, la globalización cultural supone rupturas y reelaboraciones de territorios propios –no en su dimensión geográfica sino en la simbólica–, así como de cosmovisiones y éticas ciudadanas que aun cuando compartan el signo de la ampliación de perspectivas y referentes, operan bajo condiciones de heterogeneidad social; por lo tanto, la globalización redibuja conflictos en nuevos escenarios. En este breve ensayo me propongo revisar, a la luz de este enfoque, los resultados de investigación sobre un movimiento espiritual en Guadalajara, México: el New Age como un proceso de construcción de identidad bajo condiciones de globalización –y en sí misma de signo globalizante–, así como sus límites y conflictos frente

* Este artículo se reelaboró a partir del denominado "Procesos de globalización cultural: el *New Age* en Guadalajara", en *Este País*, núm.61, 1996.

** Investigadora de El Colegio de Jalisco.

a otros procesos identitarios llevados a cabo por otros grupos sociales bajo condiciones distintas dentro de una misma ciudad.

¿Qué es el *New Age*?

Más que un grupo religioso, el *New Age* es una red de movimientos espirituales que comparten ciertos principios, objetivos y formas de acción, pero que se diferencian en otros. Podría caracterizarse como una amalgama de sabidurías y tradiciones pertenecientes tanto a las religiones orientales como a la espiritualidad alternativa o no institucional de occidente, enriquecida por el discurso científico que las clases media y media alta aprenden en el sistema escolar y universitario, y reinterpretada a la luz de la problemática urbana contemporánea. Esta amalgama se crea y disemina en forma no institucional a partir de cursos y talleres de fin de semana, programas de televisión, conferencias de canales o channels de maestros ascendidos, promotores de la autosuperación personal o personas contactadas por extraterrestres, así como en libros ahora disponibles en los anaqueles de los supermercados y antes guardados como esotéricos. Los contenidos *New Age* se encuentran en un periodo de formación que tolera divergencias considerables entre quienes se identifican con el movimiento: desde grupos denominados del Potencial Humano, hasta naturistas, indigenistas y grupos de contactados por extraterrestres. Sin embargo, algunos elementos nos permiten identificarlos bajo el nombre Nueva Era o *New Age*: por ejemplo, comparten una visión del universo como un sistema de energía en el que cada ser posee una cierta cuota. Dependiendo de la forma en que esta energía se orienta, contribuye a la creación de armonía y salud tanto personal como comunitaria y aun cósmica, o bien, a la destrucción, la violencia y el caos. Existe la capacidad humana de incrementar esta cuota y sus medios de manipulación, pasando por un camino de "apertura de canales" de recepción y de desarrollo de la conciencia individual hacia una "conciencia de la propia divinidad" y de "unidad con el cosmos"; este avance es posible mediante el dominio de diversas técnicas y conocimientos doctrinales provenientes de tradiciones orientales y del más rancio esoterismo cristiano, combinados con novedades tecnológicas y psicoterapéuticas.³

De acuerdo con este enfoque, la actual diversidad entre los discursos científico y espiritual no es más que una apariencia que debe ser superada por una auténtica actitud de conocimiento. La reunificación de ciencia y espiritualidad se enfoca fundamentalmente hacia un concepto y una terapéutica holísticos o globales del hombre. Las experiencias espirituales dejan de ser proscritas como síntomas patológicos

para convertirse en etapas de un conocimiento más profundo del ser. La persona enferma deja de ser un complejo bioquímico disfuncional disectable y recupera su dimensión de unidad bio-psico-socio-espiritual para ayudarla a restablecer su equilibrio energético empleando los recursos terapéuticos de culturas milenarias marginadas por el occidente cristiano y la racionalidad capitalista.⁴

Otro elemento comúnmente compartido es la noción de la naturaleza como una entidad sagrada y en particular la tierra como un ser vivo y de características femeninas denominado Gaia. Junto con los numerosos seres del mundo mineral, animal y humano que la habitamos, la Tierra recorre un camino evolutivo en el sistema cósmico. De la influencia de la constelación de Piscis, iniciada en la época del nacimiento de Cristo, pasamos en este siglo a la influencia de Acuario, cuyo signo es positivo: se anuncia una era astrológica en la que el conocimiento espiritual de las diversas culturas y tradiciones esotéricas se reencontrará con la ciencia para reinaugurar una nueva civilización planetaria culturalmente tolerante y en armonía con la naturaleza.

De esta manera, aunque la transformación individual es la privilegiada por el movimiento de la Nueva Era, a través de múltiples terapéuticas, esto se da dentro de un ritmo colectivo y toma proporciones de utopía no sólo humana sino incluso cósmica. La imagen del futuro es esperanzadora. La imagen del presente es la de un tiempo encantado por los múltiples signos visibles del advenimiento de Acuario; se vive en la premura del cumplimiento de misiones cósmicas encomendadas a cada ser consciente o célula de Gaia en esta transición.

Acaso sea este elemento utópico y hasta cierto punto milenarista lo que la distingue de otras formas de religiosidad no institucional muy difundidas en la actualidad a escala internacional, como el shamanismo o el neopaganismo. Pero un elemento sí es claro: el cambio hacia la utopía no es considerado un proceso político sino fundamentalmente de transformación interna que se extiende hasta el nivel cósmico, aunque esta transformación no excluye al activismo social.⁵

Así, la Nueva Era ni posee una doctrina definida ni parece aspirar a construirla en forma monolítica. Esta postura corresponde a sus características organizacionales. En estos movimientos prevalece la tendencia a no conformar instituciones con un cuerpo doctrinal definido ni una jerarquía establecida.⁶ Los grupos Nueva Era tienden a identificarse no como una religión -concepto que involucra para ellos precisamente una doctrina fija y la imposición de una jerarquía- sino como un movimiento espiritual que, al partir de la persona y no requerir de una filiación

exclusiva, puede darse dentro o fuera de una institución religiosa. En México toleran una religiosidad compartida con la Iglesia católica. Se encuentran constituidas como asociaciones civiles independientes entre sí que promueven un proyecto cultural, educativo, terapéutico, ecológico, de salud alternativa, de mujeres o de promoción de grupos indígenas; no conforman instituciones sino meras redes que permiten el nexo informativo necesario para eventos o iniciativas comunes; en algunos casos estos nexos alcanzan un nivel internacional, y con frecuencia se han articulado transitoriamente en función del protagonismo de algunos canales o *channels* –como Elizabeth Claire Prophet o Solara–, de los que se espera recibir información privilegiada y vital para todo el movimiento. Esta laxitud organizacional particular los distingue de otros nuevos movimientos religiosos –como La Familia o la Iglesia de la Cienciología– que buscan la reproducción institucional mediante proyectos de misión internacionales. Asimismo, les permite incorporar dentro de su visión a diversas tradiciones y dinámicas locales, como veremos más adelante.

Esta forma organizacional no se circunscribe a los grupos *New Age*: con frecuencia un grupo de este tipo se encuentra vinculado a redes de organismos no gubernamentales con los que, independientemente de su orientación espiritual, comparten ideas y acciones en el mundo secular, a partir de proyectos ecológicos, pacifistas, de salud o indigenistas, como la denominada Red Internacional de Conciencia, con notable presencia en Guadalajara y la ciudad de México. Participaron, por ejemplo, en las protestas por las pruebas nucleares francesas en el atolón de Mururoa en 1995; en la Marcha por la Paz y la Dignidad a lo largo del continente, promovida con motivo de los 500 años del descubrimiento de América; en los denominados Consejos de Visión, reunión de hombres de conocimiento de diversas etnias, y en la consulta para impulsar las autonomías indígenas en 1996. Dentro de estas redes no gubernamentales, los grupos *New Age* suelen ser denominados como "los espirituales", para distinguir su particular orientación en proyectos netamente seculares. Hacia el exterior probablemente compartan una misma imagen como grupo con "los alternativos" y las "onegés". Este *continuum* entre esfera religiosa y secular es una clave para comprender su influencia pública y su sello histórico.

Conversión y consumo *New Age*

Sin embargo, es importante discernir entre dos niveles de pertenencia al *New Age*: el del consumo cultural, del que una gran mayoría urbana formamos parte con mayor o menor conciencia, y el de aquéllos



Antonio Ramírez

que transforman su propia identidad y su sentido de existencia. Para estos últimos, el *New Age* conforma el equivalente sociológico de una religión: existe un cambio en su grupo social de referencia, y una reconstrucción del marco subjetivo de interpretación del propio individuo que abarca su propia identidad y su sentido último de existencia. Su particularidad consiste en que la trayectoria de ingreso e instrucción no es una ruta definida y promovida como parte de un *curriculum* diseñado desde una institución, sino que es errática, determinada por la propia búsqueda y por el propio tránsito individual entre grupos, libros y talleres, encontrados en un camino azaroso a través de las redes informales del *New Age*. Es el individuo, no una institución, quien construye, a partir de una nueva disponibilidad de técnicas, doctrinas y pertenencias ocasionales, su propio marco subjetivo de interpretación, sin encontrar mecanismos formales que certifiquen su ortodoxia. Cada persona se constituye en el único lugar legítimo de construcción de su camino espiritual. El único elemento común en los relatos de conversión obtenidos es el descubrimiento de la dimensión sagrada de su propio ser. Los contenidos resultantes pueden ser cosmovisiones filosóficamente coherentes producidas por un especialista o bien meros ensamblajes más o menos consistentes de mitos prehispánicos, manuales de introducción al budismo, técnicas de "hágalo usted mismo", autoayuda y lecciones de física producidos por un ciudadano medio. El individuo al que la imposición de una

verdad dogmática le resulta insuficiente, se autoexilia de la vida espiritual institucionalizada y queda abandonado a sus propios recursos de construcción de marcos de interpretación en una sociedad que le demanda un desempeño crecientemente complejo. Lo espiritual se traslada hacia el ámbito privado, y se dispersa en una multiplicidad caótica de opciones e interpretaciones.⁷

Más allá de estas formas religiosas, el nivel de pertenencia *New Age* más importante en términos cuantitativos y de influencia pública no es el de los conversos sino el de los consumidores. Mientras en Guadalajara los líderes *New Age* hablan de la existencia de 40 a 70 grupos espirituales, y en México de aproximadamente 300, el mundo de los consumidores se cifraría en miles o en millones dependiendo de los rubros contabilizados: usuarios regulares de terapias *ad hoc* o teleauditorio de programas de contenido *New Age*.

Por una parte están los asistentes a los talleres y conferencias organizados por distintos grupos sobre contacto angélico, meditación o *tarot*. Además podríamos sumar a los que recurren a los centros para consultas psicológicas –de orientación transpersonal, neurolingüística y Gestalt por ejemplo–, para terapias de salud alternativa –herbolaria, naturismo, péndulos, iridología, reflexología, acupuntura, masajes diversos, homeopatía, medicina ayurvédica, aromaterapia o *reiki*–, y los usuarios de técnicas astrológicas –que pueden pertenecer a la tradición maya, china o zodiacal. La oferta de opciones terapéuticas y orientadoras crece y se renueva a un ritmo casi vertiginoso. Los costos varían desde 40 pesos por una consulta a un aromaterapeuta, hasta 5 mil por un taller con un yogui de renombre mundial. Está además el comercio de productos relacionados con la actividad de los centros. Acaso el consumo más importante sea el de los medicamentos, instrumentos varios de tratamiento y complementos nutritivos indicados por los médicos alternativos. Aparte están libros, cristales, gemas, pirámides, incienso, budas, velas, incensarios, estampas, música y mensajes para meditación reproducidos en casetes de grabación casera que se compran y venden en los locales.

El consumo de este tipo no redundaría necesariamente en una identificación con algún grupo espiritual o *New Age*. Los grupos Nueva Era no parecen interesados en demarcar un límite entre una pertenencia al grupo y un mero consumo de conceptos y servicios. El consumo *New Age* conforma una actividad comercial y profesional que sobrepasa la acción de la red espiritual. Aún más, el incremento del consumo de productos con un plusvalor verde, *New Age*, ecologista, naturista o alternativo en general, es estimulado por grandes cadenas transnacionales que

adoptan estas características en sus estrategias de diseño de productos y mercadeo para su propio beneficio comercial, a partir del descubrimiento de este nicho. Se trata de la creación de un estilo de consumo en el que convergen procesos culturales y visiones mercadotécnicas. Están por ejemplo Amway, empresa multinivel que comercializa productos que no dañan el ambiente, o Higher Octave, casa grabadora y productora de música *New Age* y, por supuesto, The Coca Cola Company con sus nuevos productos juveniles Fruitopía y Ciel.

El nexo entre esfera religiosa y esfera secular –*ergo* la influencia pública del grupo particular– no se reduce al número de miembros que redefinen su participación en la segunda a partir de la primera. En virtud de su peculiaridad organizacional como grupos de identidad compartida que toleran diversos niveles de pertenencia, y de la intercomunicación de redes seculares –es decir de ONG–, existe una continuidad entre las ideas y conceptualizaciones de los grupos espirituales y la acción social de grupos más amplios, con repercusiones en el área del consumo de servicios y bienes relacionados con la salud, música, alimentación y estilos de vida en general, así como en movimientos con reivindicaciones potencialmente políticas como derechos étnicos indios, feminismo, derechos humanos y, sobre todo, ecología. Es decir, problemas considerados hasta ahora como residuales de un sistema social que toman una fuerza creciente. Esta perspectiva de participación indiferenciada parece más adecuada para evaluar la influencia pública actual de los grupos *New Age* que su capacidad para formar estructuras sociales alternativas, estables y reproducibles a partir de su comunidad espiritual.⁸

Cada quien se globaliza como le va en la feria

La misma presencia de múltiples organizaciones y redes religiosas y espirituales –con grupos que retoman la tradición hinduista, budista y hasta islámica– habla de una intensificación de flujos culturales que relativizan la importancia de las fronteras nacionales. Dentro de este fenómeno, la utopía *New Age* podría ser definida particularmente como una elaboración cultural del proceso de globalización, por el cual el mundo se vuelve un solo lugar. Las doctrinas *New Age* reinterpretan una multiplicidad de tradiciones religiosas, espirituales y filosóficas con un discurso de corte científico. Es muy probable que parte de su éxito se deba a su capacidad de absorción y recreación de tradiciones espirituales y discursos científicas, otrora circunscritos a ciertos grupos sociales y espacios geográficos y ahora puestos a circular frente al ciudadano medio en esta etapa de intensificación de relaciones culturales. Su capacidad sincrética y

"ecumenista" hace de la actual pluralización de opciones religiosas un marco ideal de acción. La visión *New Age* se construye sobre la preexistencia de tradiciones culturales y espirituales múltiples. Su oferta incorpora la celebración de dicha pluralidad, entendida como una riqueza –a diferencia de las organizaciones de tipo eclesial y sectario– y la creación de una cosmovisión que integra aspectos espirituales, de acuerdo a las exigencias intelectuales de una población crecientemente cosmopolita y escolarizada.

Por otra parte, no sólo celebra y aprovecha la multiplicidad sino que reconstruye una perspectiva para pensar este mundo interrelacionado. Los caminos de la transformación individual implican una conceptualización de la persona como ser cósmico en un pasaje necesario por el planeta Tierra. Las pertenencias de género, familiares y culturales son meras circunstancias de ese pasaje, y se relativizan aún más frente a la frecuente noción de reencarnación, que supone la existencia de otras pertenencias en vidas pasadas. La idea misma de Gaia propone al *new ager* una lealtad que supera la de la religión, la raza o el país de origen frente al imperativo planetario. Los mismos "trabajos" o "misiones energéticas" realizadas por distintos grupos *New Age* representan y actúan ritualmente en ese mundo interrelacionado. Por ejemplo, una meditación realizada en El Tajín por uno de los grupos entrevistados fue comprendida como el último eslabón energético que desencadenó la rebelión estudiantil china de la Plaza de Tiananmen; la colisión del cometa Shoemaker Levy en 1994 mantuvo a la red *New Age* de Guadalajara en un trabajo constante de "estabilización de energía", para impedir una catástrofe posiblemente desatada por este suceso dentro de la compleja red de correspondencias y jerarquías entre cada partícula existente en el orden cósmico.

A partir de esta idea de interrelación global el *New Age* elabora una exigente ética para el individuo como consecuencia de su conciencia de la implicación propia en el orden del universo. No sólo se trata de la conformación de una cosmovisión globalizada sino además de una ética que orienta una de las dimensiones más importantes y universalizables del ciudadano urbano de fin de milenio: el consumo. El *new ager* debe volverse "responsable con su propia energía", lo que implica modificar desde sus hábitos culinarios hacia un vegetarianismo más o menos radical, y su consumo de servicios de salud en favor de técnicas alternativas, hasta otras prácticas como comprar verde, separar la basura, crear ambientes de armonía, oponerse a las pruebas nucleares, defender una especie en extinción, valorar las costumbres ancestrales de etnias no integradas o "mantenerse en



Antonio Ramsirez

contacto con su propio centro". La integración de países y culturas con esta nueva cultura global en mente forma parte medular de la Nueva Era.

Sin embargo, esta tendencia integradora y globalizante no se desarrolla sin problemas. Constituye un proceso de reformulación de significados de la propia pertenencia local, nacional y humana, atravesado por múltiples factores. Si un elemento aparece como diferencial entre los grupos *New Age* mexicanos abordados y las corrientes Nueva Era provenientes de Europa y Norteamérica, es la concepción de México como un lugar central en el proceso del amanecer de la nueva era: con frecuencia México es concebido como el nuevo centro espiritual del planeta en virtud de su ubicación geográfica y la riqueza de sus tradiciones indígenas. Así, la noción de pertenencia nacional no desaparece sino que se reformula en un contexto ampliado.

Sin embargo, en los grupos Nueva Era existe una dificultad para relacionarse y en un momento dado fundirse con los movimientos preexistentes de reivindicación indígena, como el Movimiento Confederado Restaurador de la Cultura de Anáhuac y de Mexicanidad y, hasta cierto punto, el movimiento creado a partir de la síntesis tibetano-mexica de Antonio Velasco Piña, que denominaría de Neomexicanidad para distinguirlo de los primeros.⁹ A pesar de la convergencia en el símbolo de México como lugar

espiritual central, los movimientos Nueva Era perciben un énfasis notorio de los grupos de tradición india en su origen étnico y en la necesidad de afirmación de un carácter cultural superior, características que son percibidas como una tendencia exclusivista contraria a la Nueva Era como movimiento globalizante. Este "racismo" mexicanista es explicado por los *new agers* como resultado de tantos siglos de discriminación y opresión contra el indio, que han creado un gran complejo de inferioridad y una necesidad de aislamiento. En la lógica *New Age*, este fenómeno histórico constituye una "cadena negativa" que deberá ser superada para que las tradiciones de las etnias mexicanas ocupen su lugar como ingredientes esenciales de una Nueva Era a la vez global, india y verde. Por su parte, estos grupos de mexicanidad y de reivindicación indígena afirman también su diferencia con respecto a los grupos *New Age*, a los que consideran con frecuencia una moda "gringa", un negocio trasnacional, una vulgarización y comercialización de sus tradiciones sagradas. Suelen concebir a la globalización como un proceso extranjerizante que conlleva una pérdida de identidad en las generaciones recientes de mexicanos, por lo que reconstruyen un pasado prehispánico para convertirlo en el único articulador legítimo de la identidad mexicana y en el referente utópico de sus acciones culturales y ciudadanas en las postrimerías del siglo, y se hermanan con otras tradiciones nativas –desde Alaska hasta la Tierra del Fuego– para articular una identidad india americana frente a la europea y a la dominante norteamericana. En el caso de los neomexicanos o *reginos*, su reconstrucción incluye una propuesta sincrética entre las tradiciones espirituales del budismo tibetano y la "religión" mexicana debido a que ambos pueblos oponen a una historia de opresión e invasión una superioridad de sus tradiciones espirituales. A su manera, los grupos de neomexicanidad y de reivindicación india construyen también un discurso de globalización. Incluso los nacionalismos más acendrados son recreaciones y reelaboraciones ante una experiencia de interrelación.¹⁰

Este conflicto podría atribuirse a la diferencia entre las bases sociales de cada uno de los movimientos: mientras que los *new agers* son predominantemente profesionistas urbanos con ingresos medios y altos, los grupos de mexicanidad son heterogéneos y con un fuerte componente de extracción india y campesina.¹¹

Así como García Canclini discierne entre distintos circuitos socioculturales en los que operan la integración regional y la trasnacionalización en forma diferenciada y arrítmica –no es lo mismo el circuito manifiesto en la cultura popular tradicional que el de los sistemas de comunicación masiva o los sistemas

restringidos de información y comunicación–¹² resulta claro el acceso diferenciado de cada grupo social a estos circuitos, lo que marca una experiencia histórica de globalización distinta y por tanto una reconstrucción diferenciada de la identidad en una misma sociedad. Unos se encuentran en el arduo camino místico para convertirse en danzantes del sol, y otros buscan el contacto angélico y la potenciación de su energía, pero ambos confluyen en las celebraciones de una espiritualidad alternativa y "natural" en los complejos ceremoniales del pasado indio. Su signo común es acaso la reelaboración simbólica de lo propio dentro de un referente cultural ampliado y diversificado, es decir, globalizado.▲

Notas

1. García Canclini, Néstor. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México, 1995, p.24.
2. Hago una descripción más amplia del movimiento en el libro *Nuevos movimientos religiosos: El New Age en Guadalajara*, El Colegio de Jalisco, Guadalajara, 1996, 134 pp.
3. Ellwood, Robert. "How new is the New Age", en James R. Lewis y J. Gordon Melton (eds). *Perspectives on the New Age*, State University of New York Press, Nueva York, 1992, pp.59-67.
4. Cfr: Melton, Gordon J. et al. *New Age Encyclopedia*, Gale Research Inc., Detroit, 1990, pp.214-219, y McGuire, Meredith. "Religion and healing", en Phillip E. Hammond (ed). *The sacred in a secular age*, University of California Press, Berkeley, 1985.
5. Melton, Gordon J. et al. *Op. cit.*
6. *Ibidem*, pp. XI-XXXI. Ver también: Melton, Gordon J. "New thought and the New Age", en James R. Lewis y J. Gordon Melton (eds). *Perspectives on the New Age*, State University of New York Press, Nueva York, 1992, pp.15-29.
7. Sobre este enfoque, véase: Hervieu-Lèger, Danièle. "Secularización y modernización religiosa. Una perspectiva a partir del caso francés", en Enrique Luengo (comp.). *Secularización, modernidad y cambio religiosos*, UIA, México, 1991, pp. 83-101; Luckmann, Thomas. "Religión y condición social de la conciencia moderna", en *Razón, ética y política*, Anthropos, Barcelona, 1989, pp.87-108.
8. Beyer, Peter. *Religion and globalization*, Sage Publications, Londres-Thousand Oaks-Nueva Delhi, 1994, pp. 106-107, 222-223.
9. Güemes, Lina Odena. "En busca de la mexicanidad", en Guillermo Bonfil Batalla (ed.). *Nuevas identidades culturales en México*, CONACULTA, 1993. Véase también a Francisco de la Peña Martínez: "La construcción imaginaria de la mexicanidad", en *La Jornada Semanal*, 4 de julio de 1993. La bibliografía de Antonio Velasco Piña es amplia; pueden consultarse, por ejemplo, *Tlacaélel, azteca entre los aztecas*, *La mujer dormida debe dar a luz*, *Regina* o *Canas a Elizabeth*, en las editoriales Jus y Círculo Cuadrado.
10. Beyer. *Op. cit.*, pp.1-14.
11. Mejía Madrid, Fabrizio. "El nuevo retorno de los brujos", en *Nexos*, núm.190, 1993, pp.53-63. Bonfil Batalla, Guillermo. "Nuevos perfiles de nuestra cultura", en Guillermo Bonfil Batalla (ed). *Nuevas identidades culturales en México*, *op. cit.*
12. García Canclini, Néstor. *Op. cit.*, pp.32-33.